

La ciudad conquistada. Discursos hegemónicos sobre los espacios públicos del centro histórico de Lima en la era del neoliberalismo (1996-2010).

David I. Blaz Sialer

Licenciado en Antropología por la Universidad Nacional Federico Villarreal.
Magister en Estudios Culturales por la Pontificia Universidad Católica del Perú.
Miembro fundador del Instituto de Estudios Sociales José Carlos Mariátegui.
E-mail: diblazsialer@hotmail.com

Fecha de recepción: 30/10/2018

Aceptación final del artículo: 07/03/2019

El presente artículo trata acerca de la construcción de imaginarios urbanos sobre el centro histórico de Lima entre los años 1996-2010 desde la institución municipal encarnada en la Municipalidad de Lima. Así, se afirma que los gobiernos municipales en el lapso de tiempo señalado sostuvieron una imagen del centro histórico de Lima como un lugar "vacío" o "en ruinas" que debía ser "ocupado" o "reconstruido", todo ello como producto de las transformaciones que experimentó la ciudad a partir del proceso de migración del campo a la ciudad acontecido en la segunda mitad del siglo XX. Este trabajo fue realizado siguiendo una exhaustiva investigación teórica interdisciplinaria, donde se conjugaron elementos de análisis provenientes de la Antropología, la Sociología y los Estudios Urbanos.

Palabras clave: *imaginario urbano; centro histórico; espacio público; neoliberalismo; patrimonio*

The conquered city. Hegemonic discourses about the public spaces of the historical center of Lima in the era of neoliberalism (1996-2010).

Abstract

The present article is about the construction of urban imaginaries on the historical centre of Lima between the years 1996-2010, from the municipal institution incarnate in the Municipality of Lima. Thus, it is sustain that, the municipal governments in the period of time indicated maintained an image of the historical center of Lima as an "empty" or "in ruins" place that should have been "occupied" or "reconstructed", all in relation to the transformations that the city experienced from the process of migration from the countryside to the city that took place in the second half of the 20th century.

Keywords: *urban imaginaries; historical centre; public space; neoliberalism; heritage*

Introducción

Hacia el año 1996, el hasta entonces vetusto y abandonado centro histórico de Lima experimentó uno de los procesos de resignificación de sus espacios públicos más trascendentales en su larga historia, de la mano de su nuevo alcalde Alberto Andrade, y bajo un slogan sumamente significativo: “Volvamos al Centro”. Después de muchos años de indiferencia y abandono por parte de las instituciones encargadas de su dirección, la recuperación del semblante señorial de la capital se situó en el centro del interés público.

La primera acción que el nuevo alcalde limeño se propuso llevar a cabo para conseguir tal objetivo fue la prohibición del comercio ambulatorio en las calles del centro histórico de Lima; una medida sumamente significativa en tanto que los ambulantes – en su mayoría de procedencia andina– representaban a la población migrante que venía socavando, desde la segunda mitad del siglo XX, el orden social, económico y cultural de la capital. En tal sentido, desde el punto de vista de la nueva administración municipal, expulsarlos de las calles implicaba colocar los cimientos que permitirían reformular la representación que la ciudadanía tenía sobre el centro histórico de Lima.

No obstante, cabe resaltar la naturaleza polisémica de tal espacio en el imaginario colectivo de la capital a inicios de la primera mitad de la década del 90: así, para la población limeña que se autopercibía como inserta-ya en los límites sociales de la ciudad, eran lugares dejados a su suerte por los gobiernos municipales; tomadas por los migrantes para dedicarse al comercio ambulatorio y al menudeo de bienes y servicios, las calles del centro de Lima eran, a su pesar, la muestra gravitante del colapso del antiguo orden limeño. Sin embargo, para los migrantes de la época eran espacios de construcción de su ciudadanía: en las calles se encontraba depositada la posibilidad de insertarse en la vida social, económica y cultural de la ciudad. Si bien ambas respuestas parecen ser antagónicas, podemos encontrar en ellas un común denominador: la imagen de una ciudad en crisis, ya sea como representación crepuscular de una era en decadencia o como el preludio de un nuevo porvenir. Tal como señala Matos Mar, la irrupción de los migrantes en la capital inició uno de los procesos de transformación más radicales de su historia: “[...] la inmensa gravitación adquirida en Lima por lo andino por causa de la inmigración, afecta y modifica no solamente al aspecto físico de la capital, sino también sus formas de cultura y su sociabilidad” (1988: 81).

Las medidas tomadas por el gobierno municipal del alcalde Alberto Andrade frente a esta imagen caótica de Lima se orientaron a reafirmar la tradición y la historia de la ciudad previa a las migraciones. Es decir, para llevar a cabo el proceso de reapropiación simbólica de las calles del centro histórico de la capital se optó por una mirada hacia el pasado que buscó rescatar aquellas imágenes perdidas de la ciudad: lo “colonial”, lo “republicano” y lo “criollo” –o lo “no andino”, si es que se quiere definir a tal imaginario desde la negatividad– se convirtieron en los objetos de deseo de este nuevo paradigma de gestión municipal. Siguiendo esta agenda, el alcalde Andrade llevó a cabo múltiples obras de reconstrucción histórica de una gran cantidad de monumentos emblemáticos, así como la promoción de políticas culturales cuya finalidad era proteger parte del patrimonio cultural de la ciudad.

Luego de dos períodos municipales de Andrade (1996-1998/1999-2002), llegó al sillón municipal Luis Castañeda, quien se quedaría dos periodos más (2003-2006/2007-2010). El nuevo alcalde prefirió radicalizar el sentido de pérdida del orden criollo-urbano adoptando el slogan: “Construyendo”. Esta propuesta, que giró en torno a la representación de una Lima en ruinas, tuvo como característica esencial el fortalecimiento de aquellos espacios “rescatados” por los dos anteriores gobiernos municipales de Andrade, sumándole un elemento fundamental: el rol cada vez más protagónico del cálculo de mercado en la construcción de los espacios públicos de la ciudad.

El presente artículo es resultado de una investigación realizada entre los años 2009 y 2013 acerca de las características de diversas representaciones que sobre el centro histórico de la capital construyeron los gobiernos municipales de Alberto Andrade y Luis Castañeda (1996-2010). Así, se afirma que, en el lapso de tiempo señalado, se proyectó una imagen de la ciudad en tanto un lugar agónico, cuya identidad se había “perdido” (en términos de la gestión de Alberto Andrade) o se encontraba “en ruinas” (según la propuesta de gobierno de Luis Castañeda), todo ello a causa de un suceso transformador imposible de ser asimilado por el poder hegemónico: el proceso migratorio del campo a la ciudad que transformó a Lima desde la segunda mitad del siglo XX y que aún se encuentra activo hoy en día. En este sentido, se sostiene que dichas representaciones se expresaron en políticas de intervención de los espacios públicos del centro histórico de Lima por parte de los gobiernos municipales en cuestión, acciones que tuvieron la finalidad de “recuperar” o “reconstruir” la ciudad, eludiendo de esta manera la labor de incluir en una nueva narrativa urbana los nuevos procesos sociales mencionados. En segundo lugar, se hace hincapié en que existió, para los gobiernos municipales durante el periodo objeto de esta investigación, una forma común de pensar y gestionar los espacios públicos: la patrimonialista-neoliberal.

1. Lima: imaginarios urbanos y espacios públicos en el neoliberalismo

Actualmente los estudios urbanos han dado pasos realmente significativos en la comprensión de la vida de las sociedades urbanas; el aporte de distintas disciplinas –tales como la antropología, la sociología y los estudios culturales– han permitido ampliar las herramientas teóricas y metodológicas con las que puede contar el investigador interesado en tal problemática.

En este artículo se hace especial énfasis en los espacios urbanos y, en especial, los llamados centros históricos: desde sus fundaciones, estos se han constituido como las piedras angulares sobre las que las ciudades se sostienen y extienden; son los lugares referenciales que permiten unificar los demás espacios ciudadanos; en suma, son los ejes ordenadores que dan sentido al entramado urbano. Así también, los centros históricos han sido representados como los puntos nodales que fijan el significado esencial de las identidades urbanas; en ellos se encuentra materializada el alma de los grupos sociales que las habitan. Tal como señala Beatriz Sarlo al respecto: “Se iba al ‘centro’ desde los barrios como una actividad especial, de día feriado, como salida nocturna, como expedición de compras, o simplemente para ver y estar en el centro” (1994: 13).

Sin embargo, la modernidad hizo su aparición en Latinoamérica como un proceso que descentró sus ciudades: estas, que antes se encontraban constituidas por una

elite tradicional de raíces criollas-oligarcas, al emprender su modernización iniciaron un periodo paulatino de reconfiguración de sus estructuras sociales. Así pues, la industrialización de la producción, la llegada de migrantes provenientes del campo como mano de obra y la consiguiente explosión demográfica y espacial trajeron como consecuencia la transformación estrepitosa de las urbes latinoamericanas. En este sentido, la imagen de ellas como lugares “abandonados” donde “la gente de bien” se había marchado tras la llegada de “otros” moradores no deseados, se hizo común en el imaginario de sus pobladores.

Lima no fue la excepción. La otrora señorial Ciudad de los Reyes inició, a mediados del siglo XX, un proceso de modernización sumamente significativo: su población, estimada en seiscientos sesenta y dos mil habitantes en 1940, alcanzó la cifra de un millón novecientos mil en 1960 y luego cuatro millones ochocientos treinta y cinco mil en 1980 (INEI 2008). Las olas migratorias ocasionadas por el pujante atractivo económico de la capital se instalaron en sus zonas más populosas: así, los nuevos llegados comenzaron a poblar las antiguas casonas del centro histórico, siendo alrededor de 130 mil las personas que viven en tugurios en la actualidad (PROLIMA, 2014: 193).

De esta manera, la incapacidad del gobierno central para responder ante las necesidades emergentes de los nuevos pobladores llegados a la capital y la tugurización de los predios en el centro histórico como consecuencia de ello, generó un desarrollo urbano caótico y violento. En estas circunstancias, los vínculos identitarios se fracturan, transformando la intimidad de la casa o del barrio en los últimos reductos de seguridad y confort. Lo exterior a aquellos núcleos urbanos es percibido como extraño y amenazante; los espacios públicos dejan de ser puntos de encuentro, lugares de pertenencia, y pasan a convertirse en ámbitos abandonados a todo control social. Este proceso de desterritorialización, según Ortiz de Zevallos, genera que los parques, las avenidas y calles se conviertan en tierra de nadie, donde “[...] los grafitis agreden, donde se orina en la calle y donde los espacios se convierten en polos de violencia” (Del Río, 2007: 30).

Ahora, es importante hacer énfasis en algunos conceptos claves para el desarrollo del presente artículo. El primero a mencionar es el de imaginario urbano. Esta categoría teórica ha sido especialmente útil pues ha permitido entender, desde una perspectiva holística, las relaciones que establece el ciudadano con su entorno. En este sentido, un imaginario hace referencia a cómo el poblador urbano interactúa con su medio, vertiendo en él su propia singularidad y convirtiéndolo en lo que Marc Auge ha denominado lugar antropológico, es decir, un espacio que configura, refuerza y recrea el mundo imaginario de los grupos sociales que lo habitan (1993: 57). Tal como señala Armando Silva, el concepto de imaginario urbano da cuenta de “[...] cómo construimos desde nuestros deseos, modos grupales de ver, de vivir, de habitar y deshabitar nuestras ciudades” (2001: 109).

Los imaginarios urbanos, entendidos desde esta perspectiva, muestran el proceso a través del cual la experiencia humana construye figuraciones de y con su entorno, las cuales no solo se encuentran en el campo de lo simbólico –es decir, en el entramado social de normas y convenciones interpersonales– sino también en un mundo psíquico interior regido por deseos, anhelos y frustraciones. En tal

sentido, los imaginarios urbanos discurren por debajo de las diversas representaciones discursivas acerca de las ciudades, convirtiéndose en las fuentes primarias desde las que estas se constituyen y nutren.

La segunda categoría a mencionar es el neoliberalismo. Se puede afirmar que sería imposible entender cómo se configuró una representación del centro histórico bajo las imágenes de pérdida y destrucción a lo largo del periodo analizado sin resaltar la importancia del paradigma neoliberal como hoja de ruta para gobernar. Así, siguiendo al sociólogo Fernando Escalante, afirmamos que una de las piezas centrales del neoliberalismo es la creencia en que las leyes del mercado gestionan con mayor eficiencia la satisfacción de las necesidades de los individuos. Así, la paulatina privatización de lo público (definido como el ámbito de gestión del Estado) es el horizonte de sentido del proyecto neoliberal, o en palabras del propio Escalante:

La particularidad del programa neoliberal consiste en proponer que la privatización sea la regla. [...] En general, cualquiera que sea la actividad, se supone que al no haber competencia, o al no haber incentivo de ganancia, al no haber propiamente mercado, las instituciones públicas serán poco eficientes, harán mal las cosas y terminarán desperdiciando recursos, donde los particulares interesados en hacer negocio podrían ofrecer mucho mejores resultados (2015: 203).

De esto se deduce que la preeminencia de criterios políticos en vez de los estipulados por la libre competencia y la productividad hace del Estado un mal gestor. En tal sentido, para los defensores del modelo neoliberal, el mal funcionamiento de la sociedad se debe a que su gobierno se ha desplazado al ámbito de lo político, es decir, al de la retórica interesada y al de la lucha entre facciones con agendas propias que, por tanto, no representan los intereses de los individuos que pretenden normar. En suma, la causa de las fallas en las formas de socialización se encuentra en la politización de la vida en su conjunto. Tal como señala Gonzalo Portocarrero al respecto:

[...] la negación de la política es el punto de amarre o viga maestra que sostiene el edificio ideológico neoliberal. Para los neoliberales todo estaría perfecto si no fuera por la política. En otras palabras, la idea de que el mercado es un mecanismo social sin fallas es el principio organizador del neoliberalismo (2001: 73).

En tal sentido, la intervención política es aquello satanizado por el neoliberalismo. Así, según el discurso neoliberal, la sociedad solo necesitaría las propias leyes del mercado para regirse; una intrusión de lo político generaría disfuncionalidad en un sistema de por sí "perfecto". Siguiendo esta línea argumentativa se puede afirmar que el paradigma neoliberal requeriría –como condición previa para su establecimiento– que las instituciones estatales abandonen su papel como agentes políticos –con una agenda redistributiva propia– y gestionen los asuntos públicos asegurando, sobre todo, el respeto por las libertades económicas e impulsando la libre competencia.

Estos principios desplegados en políticas públicas dirigidas a la gestión de las ciudades produjeron un perfil de ciudad "neoliberal", la cual Alfredo Rodríguez y

Paula Rodríguez, aludiendo al caso de Santiago de Chile, definen como un lugar en el que “[...] la mayoría de los componentes urbanos son objeto de negocio y de especulación, sin un contrapeso significativo desde la sociedad civil que logre disputar esta noción mercantilista de los flujos de tomas de decisiones” (2009: 17).

En tal sentido, la presencia cada vez más hegemónica del factor económico en la gestión de la ciudad fue lo que identificó a los gobiernos municipales de Lima en la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI. En conclusión, bajo una dirección neoliberal de los problemas urbanos, tal como afirma Luis Ludeña: “[...] aparecen los megaproyectos y la ciudad se privatiza bajo el enorme impacto de inversiones que ‘mueven’ la ciudad (o sus partes) en función de los nuevos intereses económicos y sociales” (2010: 32).

Otro concepto de gran importancia es el de espacio público. Así, para delimitar tal categoría, Díaz-Albertini señala que el espacio público se puede resumir en tres aspectos principales: “el acceso universal, la transparencia y la multifuncionalidad (diversidad de usos y usuarios) [...]” (2016: 38). En tal sentido, los espacios públicos son aquellos lugares cuyos usos están determinados por reglas consensuadas socialmente y a los cuales los ciudadanos pueden acceder sin ser sometidos a ningún criterio de exclusión.

No obstante, se debe tener en cuenta otro factor fundamental al momento de definir el espacio público. Tal como señala Delgado (2015: 30), la connotación política que puede asumir este concepto es fundamental para entender la forma cómo en la actualidad el poder administra, no solo la espacialidad sobre la que se realiza la vida social de toda colectividad, sino también los límites que enmarcan la participación política de la ciudadanía y los protocolos socialmente aceptados acerca de cómo esta se realiza. En tal sentido, los espacios públicos se definen por el carácter ideológico que el poder les insufla; así, en la sociedad democrática capitalista contemporánea, la calle, las plazas y los lugares patrimoniales de una ciudad son los espacios donde se escenifican los valores definidos por el igualitarismo y el consumismo. De esta manera, los espacios públicos se convierten en entidades construidas por un poder hegemónico que pretende marcar los límites de participación política de la sociedad civil y, con ello, legitimarse como la instancia que, gracias a su carácter neutral, puede regular sus prácticas públicas:

La noción de espacio público [...], funcionaría como un mecanismo a través del cual la clase dominante consigue que no aparezcan como evidentes las contradicciones que la sostienen [...]. Consiste igualmente en generar el espejismo de que se ha producido por fin la deseada unidad entre sociedad y Estado, en la medida en que los supuestos representantes de la primera han logrado un consenso superador de las diferencias de clase (Delgado, 2015: 34).

No obstante, cabe señalar que esta mirada ideológica del espacio público –en tanto que es definida a partir de su esencia normalizadora y homogeneizante– es solo una de sus dimensiones. Por ello, es importante resaltar la dimensión utópica que todo espacio público libera (Jameson, 1989); en tal sentido, el espacio público es también el lugar donde se materializan las identidades urbanas construidas a lo largo de múltiples procesos históricos. Así, los espacios públicos sirven como

escenarios en los que tales identidades se proyectan, se superponen e incluso colisionan; lográndose con ello que la ciudad adquiriera la consistencia de un caleidoscopio caracterizado principalmente por la heterogeneidad y polisemia. Tal como menciona Carrión al respecto: “Por definición [la ciudad] es multifuncional, concentra la diversidad y está en permanente construcción-reconstrucción, porque nunca se acaba; se trata de un ‘producto social’ en proceso de cambio constante que tiene historia” (2001: 7).

Otra categoría que en esta investigación también adquiere gran importancia es la de esfera pública. Esta es definida por Jürgen Habermas (1981) como la acción dialógica que gira en torno a temas de interés colectivo, ejercida por los ciudadanos de manera libre y al margen de las instituciones públicas controladas por el Estado. Históricamente, la esfera pública surgió en el enfrentamiento discursivo entre los individuos que conformaban la sociedad civil y el Estado moderno, el cual había iniciado un proceso de centralización del poder político hacia inicios del siglo XVIII; el caso inglés sirvió a Habermas como modelo para definir el desarrollo posterior de la esfera pública en otros espacios (1981: 94-103). En tal sentido, el centro de la discusión en la esfera pública era la crítica por parte de la ciudadanía al ejercicio del poder estatal y el establecimiento de líneas de acción para supervisar su accionar.

Para nuestra investigación este concepto es de vital importancia, pues los espacios públicos del centro histórico de la ciudad de Lima se han convertido en los lugares donde se desenvuelve la esfera pública. En tal sentido, señalamos que durante los gobiernos municipales de los alcaldes Alberto Andrade y Luis Castañeda se buscó despolitizar el uso de los espacios públicos, tratando con ello de ocluir la esfera pública bajo las banderas de la patrimonialización y la mercantilización.

La última referencia teórica y conceptual a la que haremos referencia es al proceso de migración del campo a la ciudad que experimentó el Perú –y Lima en particular– a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Es clave entender las migraciones como parte de la desestructuración del orden social campesino y la crisis económica del Estado-nación a inicios de la década del ochenta. Esto produjo que Lima, una ciudad con una floreciente industria, se vea incapaz de absorber a la mano de obra proveniente del interior del país. Los migrantes comenzaron a construir ellos mismos redes económicas y sociales paralelas al orden existente, tal como menciona Matos Mar:

En la medida en que la industria, el comercio y el trabajo quedan sometidos a las trabas que sufre la economía y al aparato de gobierno en crisis, sectores cada vez más amplios exploran nuevos cauces, escapando hacia los márgenes de la legalidad. Se produce el crecimiento de una economía popular contestataria a la que la opinión pública ha dado por llamar como ‘informal’ (1988: 58).

Este proceso tuvo sus efectos no solo en la economía nacional, sino también en la composición espacial de la ciudad: en el caso que nos compete, el centro histórico, a partir de la década del sesenta, comenzó a adquirir un nuevo rostro, más andino y mestizo (Matos Mar, 1988, 79-80).

Es clave subrayar aquí el carácter complejo de esta reformulación de la identidad limeña a partir de las migraciones, evento que pasó a significar, con el paso de los

años, en el nuevo acto fundacional de la ciudad. Así, tal como menciona Ortega (1986: 150), las migraciones le dieron una consistencia más local a una ciudad que había vivido buscando una identidad fuera de su propia realidad sociocultural: así, cabe recordar el proyecto civilista, iniciado por José Balta, de convertir a Lima en una ciudad afrancesada con anchas avenidas que desembocaran en monumentos que rememorarán las gestas nacionales; y el proyecto leguista de la Patria nueva que pretendía erigir una Lima bajo el modelo anglosajón de la “ciudad jardín”, con claras divisiones sociales entre los suburbios modernos para las clases medias y la *city* en el centro de la ciudad. Las migraciones, en tal sentido, “peruanizaron” a Lima, convirtiéndola en un espacio de encuentro de las diversas identidades locales y regionales que definían el Perú “profundo”, aquello excluido por el discurso extranjerizante de las élites criollas. Así, tal como Ortega refiere:

Las migraciones, pues, no son sino metafóricamente una invasión: en verdad, son una fuerza social que tiende a convertir el espacio limeño en un lugar nacional, no de acuerdo a nuestros deseos sino a la medida de nuestra realidad. Esa fuerza ocupadora y transformadora es, además la primera verificación de que la unidad plural del país no vendrá desde el sector moderno y estatal sino desde abajo, desde el pueblo capaz de transformarnos a todos (1986: 152).

2. La patrimonialización de los espacios públicos y el retorno de la Lima criolla

El año 1996 subió al sillón municipal el exitoso ex alcalde de Miraflores, Alberto Andrade Carmona. Con la promesa de reordenar el centro histórico de Lima y construir las bases de una nueva gestión dedicada a revalorar el pasado de la ciudad, Andrade inició su gobierno envuelto en un aura de optimismo y entusiasmo.

Siguiendo el precedente establecido por la Ordenanza N° 062, el gobierno municipal del alcalde Andrade promulgó el Plan Maestro del Centro de Lima en el año 1999, a través del cual se establecían los lineamientos generales para el desarrollo urbano de la capital, así como los principios urbanísticos por los cuales se regiría la administración del centro histórico (Capítulo III). En dicho documento, la patrimonialización de los espacios públicos cobra vital importancia, tal como se desprende del artículo 26:

Las políticas de tratamiento y de conservación del Centro Histórico de Lima deben asegurar su mantenimiento como unidad física y como organismo social activo, evitando su deterioro y propiciando la revitalización de las estructuras residenciales, sociales, económicas, culturales y físicas de valor cultural y del desarrollo local.

En tal sentido, las políticas de administración del centro histórico de Lima se encontraban en función de su historia monumental: el valor y el sentido de la ciudad reposaba en su pasado; por tanto, debía “recuperarse” esa identidad percibida como “perdida” por el gobierno municipal.

Tal como señalamos en una investigación anterior (Blaz, 2012: 255-256), dos obras de recuperación histórica en el centro histórico ejemplifican claramente el trasfondo ideológico de la construcción de un imaginario sobre la ciudad en los periodos de gestión municipal de Alberto Andrade: la remodelación de la Plaza Mayor de Lima –la ex Plaza de Armas– y la Plaza San Martín, aquella que se había convertido, hacia mediados de la década del noventa, en la plaza de los pobres, los desempleados y los cómicos ambulantes. Las ceremonias con las que finalizaron las obras en los dos espacios públicos mencionados fueron de una significación sumamente simbólica, casi diríamos de implicancias fundacionales: ambas fueron amenizadas por serenatas criollas y desfiles de calesas, símbolos irrefutables de un pasado señorial y aristocrático añorado y revalorado por el nuevo gobierno municipal como la “verdadera” y “única” esencia de la ciudad.

La propuesta inicial del alcalde Andrade, tal como se ha señalado anteriormente, fue la de una mirada hacia atrás, una intención manifiesta de recuperar el alma perdida de la capital: las políticas sobre el uso de los espacios públicos y el “carácter” que estos debían representar encontraban sustento en una historia fetichizada de lo que había sido Lima antes del *boom* de las migraciones.

Los diversos proyectos de restauración de monumentos, plazas y parques tuvieron como razón de ser simbolizar el retorno de la ciudad colonial-oligarca, teniendo como referentes la Plaza Mayor y la Plaza San Martín. En tal sentido, la ausencia de lo andino en la conformación de esta imagen de nuestra capital es sumamente manifiesta, lo cual denotaría que aquel proceso migratorio que produjo la transformación más grande que haya experimentado Lima en toda su historia fue de tal fuerza traumática que la gestión municipal, en cuyas manos recaía generar una propuesta más inclusiva que asimile tal fenómeno, no tuvo más que ocultarlo y lanzarse a la empresa de resucitar una ciudad que ya se encontraba sepultada bajo las fuerzas sociales activadas en la convulsionada segunda mitad del siglo XX.

La patrimonialización del espacio público fue, por tanto, la directriz omnipresente en el gobierno municipal de Alberto Andrade. Esta propuesta, a su vez, estuvo reforzada por la declaración del centro histórico de Lima como Patrimonio Cultural de la Humanidad por parte de la Unesco, en 1991. En tal sentido, la Municipalidad de Lima no podía permitir la presencia en los espacios públicos de aquellos elementos no codificados provenientes del trauma social que implicó el fenómeno de las migraciones. En suma, el gobierno de Alberto Andrade buscó, en la invisibilización de lo andino, instaurar una imagen de la ciudad que estuviera “a la altura” de su patrimonio histórico.

Al respecto, Wiley Ludeña ha planteado una hipótesis sumamente sugerente sobre las causas de esta propuesta de recuperación patrimonialista del centro histórico emprendida por el gobierno municipal de Alberto Andrade. Según el referido autor, las exigencias cada vez mayores de una neo-oligarquía limeña por reductos en los que puedan sentirse protegidos frente a una amenazante ciudad informal-andina en constante crecimiento, hizo que se impulse su retorno simbólico al centro histórico. En este sentido, el correlato ideológico del neoliberalismo sería el fortalecimiento de la élite mediante su vinculación con un espacio y un tiempo idílico de la capital, con una arcadia limeña perdida, aunque no del todo. Según Ludeña, este substrato ideológico explicaría claramente el slogan “Volver al Centro”:

¿A quién estuvo dirigida esta invocación sino a los hijos o nietos de esa oligarquía que fue ella misma por decisión propia la que hizo abandono irresponsable del centro de Lima desde los años cuarenta? Consigna discriminatoria que supone no sólo la presunción de un centro “perdido”, sino la idea de que en las últimas décadas el centro hubiera estado vaciado de habitantes, cultura o historia. (2002: 187).

Aunque la representación patrimonialista de Lima y la oclusión del fenómeno de las migraciones por parte del gobierno municipal de Alberto Andrade –este acontecimiento no significaría más que la intrusión de una horda destructora que sepultó a una capital orgullosa de su raigambre europea–, creemos forzado pensar en un contubernio entre el poder institucional y una hipotética neo-oligarquía limeña cuya finalidad sería reapropiarse espacial y simbólicamente del centro histórico o, como señala el propio Ludeña:

Ciertamente, entre vivir rodeados de barriadas y volver a ocupar las viejas y rancias casonas de un centro que puede ser por decisión el espacio policialmente (y socialmente) más protegido y controlado de Lima, la alternativa de retomar el centro histórico deviene la más atractiva y simbólicamente la más productiva (2002: 187).

En tal sentido, sostenemos que el slogan “Volver al Centro” y su sentido excluyente reforzaba aquella imagen de vacío simbólico que desde el poder hegemónico se había construido luego de iniciado los procesos de migración en las capitales latinoamericanas –la “gente de bien”, según esta representación, había abandonado los centros históricos huyendo de las “hordas” migratorias, dejándola desierta y en ruinas.

Retornando al tema en cuestión, mencionaremos el éxito que tuvieron muchos de los proyectos urbanos emprendidos por el alcalde Andrade y cuyo valor radicaba en un proceso paulatino de territorialización de los espacios públicos: si antes los parques, plazas y calles del centro histórico eran percibidos como amenazantes y peligrosos, a fuerza de esta apropiación simbólica la percepción imaginaria sobre ellos por parte de los pobladores de la capital fue cambiando velozmente, valorando y reivindicando estos espacios como propios y, por tanto, teniendo mucho mayor cercanía y respeto hacia ellos. Proyectos como la construcción de la Alameda “Chabuca Granda” (1999), o la restauración del famoso “Parque de la cultura de Lima” (2001) –el antiguo “Parque de la Exposición”–, hicieron de lugares anteriormente marginales, donde se evidenciaba el completo abandono de la ciudad, espacios de encuentros ciudadanos y de democratización de los usos urbanos de los mismos.

3. La radicalización de las políticas neoliberales a inicios del siglo XXI

Existe una diferencia radical entre los dos períodos municipales de Alberto Andrade con los del siguiente alcalde, Luis Castañeda: mientras que el primero hizo hincapié en la valoración histórica y en la implementación de políticas claras

de territorialización del espacio –aunque no llegó a superar la valla de la oclusión y exclusión de un sustrato andino presente en la ciudad–, el segundo fue desarticulando cada vez más tales políticas públicas a favor de su capitalización en tanto lugares con potencial económico.

En efecto, como una metáfora de lo que sucedería en los próximos dos períodos municipales, Luis Castañeda abandonó los balcones patrimoniales del centro histórico –adoptados inicialmente por el gobierno de Alberto Andrade– a una suerte de orfandad simbólica. Igual suerte correrían los espacios públicos que servían de puntos nodales ideológicos: el Parque de la Exposición, inaugurado en el año 2000 y que se convirtió en el mayor triunfo de la recuperación de los espacios públicos en Lima, se transformó durante el gobierno de Luis Castañeda en una suerte de restaurante ambulatorio: la estadía permanente de vendedores de comidas suplantó al otrora espacio de distensión y oasis de tranquilidad en la bulliciosa Lima de principios del siglo XXI; a su vez, el antiguo Parque de la Reserva, dedicado a conmemorar a los reservistas limeños en la Guerra del Pacífico, se convirtió en el ícono modernista de la ciudad con la construcción del “Circuito Mágico del Agua”; como señala Mariel García (2008), los grandes ideales del pasado fueron reducidos a una sobre-estimulación del goce y a un simulacro de igualdad; así pues, todos los limeños estaban invitados a la modernidad que proponía el neoliberalismo, pero esto servía de cobertura a la privatización del espacio público y a la mercantilización de los lugares de encuentro ciudadano.

Si bien a inicios de su primer gobierno existieron grandes expectativas por lo que podría hacer Luis Castañeda para la formulación de un proyecto de políticas públicas que diera solución a los problemas medulares que aquejaban el centro histórico de la capital, durante sus dos periodos de gestión no se tomaron las medidas políticas pertinentes para abordar la mencionada problemática. Tanto los problemas de uso de los espacios públicos como los de la construcción de una esfera pública fértil y consensual acerca de la representación e identidad del centro histórico, no fueron resueltos por el municipio limeño. Eso sin mencionar al eterno dilema sobre cómo articular a los vecinos que aún habitan una gran cantidad de casonas y solares en el centro de la capital en un proyecto urbanístico mayor. Sus pobladores muchas veces fueron amenazados de desalojo en tanto que sus viviendas se encuentran a punto de colapsar: en este sentido, la solución que la alcaldía de Lima propuso a la tugurización de las viviendas no fue un acercamiento al vecindario, sino la de eliminar aquello que no puede ser aceptado por el discurso neoliberal.

Esto sin duda muestra la gran importancia de analizar acerca de cómo nos representamos en tanto habitamos esta ciudad y la lucha por reivindicar una (o varias) imagen(es) de deseo sobre ella. Creemos que un camino importante para ello es la conformación de un ambiente abierto al debate democrático sobre la res pública urbana, y en ello radica el papel hegemónico de la municipalidad en tanto institución que vele por garantizar las condiciones necesarias para lograr tal cometido. Sin un acercamiento a aquellos grupos que han construido imaginariamente representaciones sobre el centro histórico de la capital y al vecindario presente en el lugar cualquier política pública no dará buenos frutos, generando mayor descontento social.

4. La mercantilización y la despolitización de los espacios públicos

A inicios de la década del 80 los cambios en las estructuras sociales y económicas de Lima producto de las migraciones suscitadas desde la segunda mitad del siglo XX se comenzaron a evidenciar en su propia composición y estética espacial. En tal sentido, el centro histórico funcionaba como una especie de metáfora de lo que sucedía en los espacios públicos de la capital: un lugar imposible, inviable y violento, donde la pérdida del orden institucional había dado paso al completo abandono de los sistemas de transporte, seguridad y salubridad, indispensables para generar un ambiente de bienestar ciudadano.

Clara muestra del estado en el que se encontraba Lima en la década “perdida” del 80 era la plaza San Martín: antiguo símbolo de la modernidad limeña impulsado durante el oncenio de Leguía, ya para ese entonces se convirtió en el lugar de trabajo y paseo de ambulantes, canillitas, lustrabotas y desempleados, imagen indistinguible del desborde popular del Estado. Y no sólo eso: la plaza se transformó en el espacio donde se canalizaba el sentir político urbano pues en sus alrededores transitaban un sinnúmero de personajes que, sirviéndose de una retórica popular, debatían sobre la *res pública*. Estos eran los llamados oradores populares quienes, con sus intervenciones callejeras, visibilizaban un abismo insalvable entre la clase política nacional y una ciudadanía que veía insatisfecha sus demandas.

Este espacio de debate popular se prolongó a lo largo de la década del 90, potenciado en parte por la continua despolitización de la vida pública llevada a cabo por la dictadura fujimontesinista. En tal sentido, estos ruedos de discusión se convirtieron, para aquellos que transitaban diariamente por el Centro de Lima, en espacios liberados de la tendencia apolítica que dominaba la vida social del país. A su vez, cabe tener en cuenta el factor catártico –entendido en su acepción griega original como acto purificador–, de asepsia espiritual contenida en dichas prácticas; las ágoras populares sirvieron para aquellos que participan en ellas como medios de exorcizar las tensiones de la vida diaria. De una manera u otra, los problemas del día a día se atenuaban en la representación de una lucha retórica en la cual existía la posibilidad de triunfo.

Si bien las llamadas “ágoras populares” fueron prohibidas por la Municipalidad debido a una serie de políticas públicas que buscaban patrimonializar el Centro Histórico de Lima –todo esto potenciado por la promoción de la ciudad como patrimonio cultural de la humanidad en 1991–, lo cierto es que tales prácticas discursivas continuaron llevándose a cabo en otros espacios urbanos. Uno de ellos fue la primera cuadra del jirón Quilca, lugar que para ese entonces había adquirido fama de ser el refugio de una clase intelectual y artística contracultural, y por tanto espacio lógico para acoger estos ruedos de debate improvisados –y “al margen de la ley”– provenientes de la Plaza San Martín.

Sin embargo, el continuo asedio por parte de la Municipalidad de Lima llegó hasta la llamada “zona liberada” –nombre que le dan al jirón Quilca sus transeúntes habituales– en el mes de agosto del año 2007: la calle fue reconstruida en su totalidad, cambiando el adoquinado y pintándose las paredes aledañas con el fin de

dar paso al establecimiento de restaurantes y bares; los oradores de la calle, en consecuencia, tuvieron que buscar otros espacios en los que continuar con sus debates públicos, retornando unos a la Plaza San Martín –aunque siempre bajo la estricta y sistemática represión del Serenazgo– y otros a la calle Belén, aledaña a esta.

Partiremos de este suceso para poder visibilizar las vicisitudes y desencuentros de la producción de imaginarios urbanos en una ciudad conducida bajo la bandera del neoliberalismo. En este sentido, la expulsión de los oradores populares del jirón Quilca, si bien puso en evidencia el afán patrimonialista de la Municipalidad y su intención de convertir a la ciudad en un “parque temático”, una versión turística y monolítica de lo que debería ser el centro histórico de Lima, también delató su propósito de restringir la esfera pública en tanto esta se atribuía el monopolio de determinar qué espacios son legítimos o no para la discusión política.

Creemos también pertinente evaluar la contracara de la expulsión de los oradores populares: la apertura de restaurantes y bares. Nos extenderemos en la hipótesis de que este suceso tiene como causa central la aceptación de un paradigma neoliberal que remarca la importancia menor que tendrían los derechos ciudadanos frente a un imperativo de progreso encarnado en la sumisión de los espacios públicos a las leyes del mercado.

4.1. Los oradores populares del centro histórico de Lima

Ahora, ¿quiénes son tales personajes que dirigen los debates callejeros en calles y plazas del centro de Lima? Estos oradores populares son fruto del proceso de expansión, iniciado a finales de la década del 60, del discurso marxista-leninista en las facultades de ciencias sociales de las universidades nacionales peruanas. El antropólogo Carlos Iván Degregori denominó a este fenómeno “la revolución de los manuales” (2011: 162), aludiendo con ello a los textos de marxismo histórico y materialismo dialéctico producidos por la Academia de la Ciencia de la URSS que estos militantes de izquierda consumían de manera doctrinaria y acrítica.

Tal como señala Gonzalo Portocarrero (2001: 18), la figura tradicional del militante de izquierda gozó de un gran prestigio en nuestro país durante el periodo mencionado y conformó un paradigma sobre lo que debería ser un actor político. En tal sentido, éste se constituyó como un predicador de la verdad que, sobre la base de los manuales del marxismo, defendía un corpus de certezas científicas universales acerca de lo político, afirmando que su naturaleza es su antagonismo inmanente, cuya disolución llegaría a través de la derrota de los grupos de poder frente a la voluntad del proletariado. Es así que para estos militantes de izquierda la élite política nacional es la culpable de la corrupción que infecta el país, y el fracaso del proyecto nacional-criollo se debe en gran medida a que ella se encuentra maniatada por el imperialismo mundial.

Podría decirse que esta poética subjetiva entró en plena decadencia con la derrota de la insurrección senderista en 1992 y la instauración de la dictadura fujimontesinista luego del autogolpe del 5 de abril. En efecto, tanto el desgaste y desprestigio de la figura del militante por Sendero Luminoso –el cual llevó al extremo aquella moral “sacrificial” que absorbía al sujeto en la causa partidaria– así como la espectacularización de la arena política a través de los medios de

comunicación, hicieron que mucho de los convocados se desilusionaran del proyecto que estos defendían.

Más aún, cabe resaltar la presencia de estos militantes, lo cual nos daría una mejor evidencia de los síntomas que el propio sistema manifiesta. En tal sentido, cabría preguntarnos: ¿por qué la figura del militante de izquierda –presente en los oradores populares de las calles y plazas del centro de Lima– aún no ha perdido vigencia, a pesar de todo lo ya señalado? Creemos que esto se debe a que la coyuntura nacional neoliberal no ha condicionado la institucionalización del conflicto, al contrario, su pretensión ha girado en torno a su eliminación.

Así pues, la realidad, que antes se creía bifurcada entre el camino del “engaño” –la falsa conciencia de libertad que el imperialismo propugna– y el de la conciencia “real” –producto de las verdades científicas que afirma el marxismo–, ahora se enfrenta a su propia disolución en el “fin de la historia” (que no es otra cosa más que el triunfo ideológico del neoliberalismo). Ante esta perspectiva apocalíptica en la que estaríamos presenciando la “muerte” de lo político, el radicalismo ideológico –y los predicadores que aún defienden sus postulados– encuentra nueva vida y un (tal vez último) respiro.

4.2. Restricciones de participación de la esfera pública desde el poder

Como habíamos señalado líneas arriba, la presencia de los oradores populares señalaba un síntoma importante de tener en cuenta sobre lo que en el Perú significa ejercer la ciudadanía. En tal sentido, bastaría evaluar el comportamiento represor de la Municipalidad de Lima en contra de tales personajes para develar la naturaleza misma de cómo entendemos la democracia y cuáles son sus límites, tanto por parte de las instituciones que detentan el poder como de los propios ciudadanos que lo han otorgado.

Habíamos dicho también que para ello la concepción de esfera pública es sumamente importante, pues es la disputa sobre los lugares donde ésta puede desenvolverse y la legitimidad de los actores que participan en ella lo que se encuentra en juego tras la expulsión de los oradores populares. Podríamos decir entonces que la esfera pública en su acepción más tradicional –formulada en un inicio por Jürgen Habermas (1981)–, ha sido definida como la interacción discursiva, libre de cualquier hegemonía estatal, puesta en práctica por la sociedad civil. En ella se racionaliza el poder, es decir, sirve como límite a una potencial tiranía del Estado, reivindicando los derechos de la ciudadanía organizada a intervenir en los problemas de interés común. Así también, la esfera pública estaría definida por la argumentación “racional”; configura de esta manera una unidad de prácticas lingüísticas claramente delimitada, toda una parafernalia ritualizada sobre el ejercicio de la ciudadanía (Frazer 1997: 102).

Sin embargo, esta definición trae consigo una dificultad fundamental: podría llevarnos a pensar que el substrato de toda esfera pública sería la presencia de un punto de referencia vacío, sin significancia, –un sujeto neutro-universal–; en tal sentido, ésta tendría como cualidad fundamental la relación entre individuos abstractos, desprovistos de sus particularidades “patológicas” (o “al margen” de la

“norma”, establecida y naturalizada hegemónicamente). El sistema democrático en general justamente se sostiene bajo la pretensión de actuar como si todos los ciudadanos fuesen iguales u homogéneos, tal como señala Žižek (2000, 268): “(...) La democracia es fundamentalmente antihumanista, no está hecha ‘a la medida de los hombres (concretos y reales)’ sino a la medida de una abstracción formal carente de corazón”.

Esta apreciación sobre la esfera pública posibilitaría la exclusión o el acallamiento disimulado de aquellas voces disonantes con el paradigma “burgués”, elevado por el discurso oficial a la dignidad de referencia neutral. Así pues, la *res pública* sólo sería la fachada que encubre intereses particulares de los sectores hegemónicos de la sociedad, tal como señala Gisela Cánepa (2006, 20): “(...) lo que en algún momento llega a cristalizarse como de interés general es en realidad resultado de la imposición hegemónica de los intereses particulares de un grupo sobre los otros”. En tal sentido, habría que tener en cuenta dos aspectos sumamente importantes cuando hablamos de esfera pública: 1. Esta no puede ser definida en singular, es decir, existen una pluralidad de voces, con objetivos y demandas particulares; 2. Su esencia fundamental consiste en la relación dialéctica entre conflicto y consenso: dicha multiplicidad se encuentra en constante disputa y negociación por la racionalización del poder.

El centro histórico de Lima es construido desde múltiples lugares de enunciación, desde una heterogeneidad de narrativas que interpelan a la ciudad y la reconfiguran. Así también, lo que se encuentra en disputa es el poder para representarla, y por ende la autoridad para decidir sobre los usos de los espacios públicos. Sin embargo, este micro-cosmos de multiplicidad de miradas y lugares de enunciación es ignorado por la institución municipal en tanto que la agencia sobre el problema en cuestión de los actores que la conforman no es reconocida; estos no tendrían las credenciales suficientes para poder reivindicar un uso determinado del espacio público.

Bajo estos lineamientos, ¿qué es lo que desacredita a los oradores públicos y a los usos que estos dan de los espacios urbanos? Creemos que la razón para ello se encontraría en su presencia callejera la cual traería reminiscencias de la década caótica de los 80, así como también el público convocado, que estaría compuesto de individuos provenientes de los estratos menos acomodados de la capital: Lima, bajo el significativo “patrimonio cultural de la humanidad”, no puede tolerar la presencia de este “resto” proveniente de un pasado que quiere dejarse atrás.

Ahora, aquí cabría formular la siguiente pregunta: ¿quién entonces, a juicio de la Municipalidad, estaría autorizado para poder señalar los usos del espacio urbano? Si entendemos que desde la perspectiva neoliberal aquellos llamados a opinar (y a conducir) los asuntos públicos son personajes que poseen un saber especializado y certero acerca de puntos precisos en la administración burocrática, entonces las voces legítimas para hacerlo estarían del lado de “los que saben”, aquellos que acreditan su dominio técnico sobre un tema en particular. Es entonces fácil comprender por qué las opiniones de aquellos que hace un uso específico del espacio en cuestión no son escuchadas: estos no estarían autorizados en tanto no detentan las credenciales necesarias para ello; son sólo habitantes de un espacio sobre el cual la Municipalidad tiene el monopolio de la gestión y representación.

En tal sentido, sólo aquellos que se encuentran a cargo de las funciones administrativas tendrían capacidad de agencia con respecto a los asuntos de interés público, y estos, como ya se ha señalado anteriormente, serían tratados como asuntos de gestión empresarial, desprovisto del componente político que insuflaría la presencia de un público fuerte, una sociedad civil que cuestiona los usos del poder y crítica de la labor institucional.

La razón para todo esto se encuentra, tal como se ha señalado líneas arriba, en el paradigma neoliberal asumido por la Municipalidad: para ella, la presencia de una esfera pública politizada es un problema en sí mismo en tanto que sólo se necesita de las leyes del mercado para el establecimiento de un orden social perfecto; la presencia del factor político enturbia y corrompe el buen funcionamiento de las dinámicas económicas que gobiernan la sociedad. De esta manera el neoliberalismo logra satanizar la arena política y a los actores envueltos en ella.

Entonces, el problema que contrae la presencia de los oradores populares en plazas y calles del centro de Lima no encuentra solución en su reconocimiento como ciudadanos que ejercen su derecho de polemizar sobre la res pública en ellos, sino más bien en cómo capitalizar tales espacios, como racionalizarlos a través de la lógica del libre mercado.

Tal como se enfatizó anteriormente, las políticas públicas con respecto al centro de Lima propuestas por la Municipalidad han girado en torno a su patrimonialización: la remodelación de parques y plazas han tenido como causa la recuperación de su monumentalidad, de colocar a las locaciones como objeto de goce visual por parte de un espectador externo.

Con esto no se pretende afirmar que estas acciones hayan sido motivadas enteramente por un impulso economicista, ni mucho menos: es clara la tendencia, desde el primero gobierno municipal de Alberto Andrade, de dotar de significado e identidad aquellos espacios públicos, antes abandonados al caos y la degradación urbana. Sin embargo, es interesante resaltar que en los dos períodos del alcalde Castañeda la presencia de lo económico ha sido cada vez más evidente y gravitante: empezando por la presencia mayoritaria de puestos de venta de comidas en las plazas públicas hasta el cobro por el ingreso a espacios anteriormente libres de acceso, todo esto configura una tendencia a regir los usos de los espacios públicos a través de un filtro comercial.

En conclusión, la completa negación por parte de la institución municipal del elemento político, el cual se encuentra impregnado en plazas y calles del centro de Lima, tiene como causa principal la presencia de un paradigma neoliberal que despolitiza aquellos espacios públicos sumamente importantes para la conformación de un lugar de crítica popular autónomo. Esta oclusión de lo político funcionaría como el correlato de una tendencia general existente en el país de inicios de la década del 90 bajo la que se extendió una completa desilusión por lo político en sí: abrazar la propuesta neoliberal era la vacuna que aliviaba a la población de la corrupción generalizada en la que había caído la clase dirigente. Sin embargo, tal solución traería consigo el acallamiento de la voz pública, y por ende,

de la posibilidad de conformar una sociedad civil organizada capaz de impugnar el poder y de tener capacidad de agencia efectiva .

4.3. La “purificación” del centro histórico de Lima

Nos ocuparemos ahora del hecho en sí en tanto punto central de análisis: el desalojo de los oradores populares de la primera cuadra del jirón Quilca. En tal sentido, desde la perspectiva del gobierno municipal, se tenía que hacer algo con ellos de manera rápida y radical, así como también “recuperar” un espacio concebido como “perdido”. La labor de la Municipalidad entonces contemplaba dos procesos en uno: 1) reprimir una esfera pública percibida como “perniciosa” y 2) resignificar el espacio público en resonancia con el orden neoliberal imperante.

Este fue el propósito central de la “recuperación” llevada a cabo por la Municipalidad de Lima: la presencia de una serie de personajes “excesivos” para el orden hegemónico no podía ser tolerada. Tal como se puede percibir en la prensa limeña de la época, la labor estaba envuelta bajo un significado aséptico, de purificación del espacio en cuestión:

Tuvieron que sacar los adoquines del suelo. Idea uno: lavarlos y volverlos a colocar. No se pudo. Estos se hallaban podridos. El suelo había succionado los orines y excrementos de los charlatanes, pirañitas y prostitutas que usaban el pasaje Quilca como baño público. Entonces se cambiaron los adoquines por unos de cemento, se pintaron las paredes y reconstruyeron los balcones coloniales. El emblemático jirón de poetas y artistas había entrado en remodelación. (La República. 07/08/2007).

La labor de limpieza efectuada en el jirón Quilca, tal como ha sido expresada por la prensa, no fue solamente una acción literal: la imagen de la calle como una letrina pública tiene una carga fuertemente simbólica pues no solamente los adoquines habían “succionado los orines y excrementos de los charlatanes, pirañas y prostitutas” sino toda la calle estaba impregnada de lo “excesivo”, de aquello abyecto e intolerable para el municipio limeño.

Lo interesante de la cita es el proceso de construcción de un sujeto universal abyecto en el que volcar toda la significación negativa que este pueda contener. En ella no hay una división clara: todos forman parte de ese espacio incongruente con el orden simbólico imperante; de esta manera lo abyecto adquiere materialidad, lo que facilitó su exclusión o eliminación. Para la Municipalidad tanto charlatanes, pirañas y prostitutas conforman tal sujeto abstracto cuya carga es la impureza y la degradación; todos ellos (como si fuesen uno solo) usaron el espacio público como letrina.

Este es el mismo espíritu que acompaña a las declaraciones del entonces jefe de Proyectos Especiales de la Municipalidad de Lima, Luis Sanabria: “Este era un lugar tomado por gente de mal vivir y con su remodelación se está recuperando un lugar histórico [...] Se podrá encontrar desde fuentes de soda hasta picanterías” (La República. 07/08/2007). Aquellos personajes de “mal vivir” también son los sujetos políticos que reivindican el espacio en cuestión para un uso “no permitido” por el orden hegemónico; los actos performativos con un gran contenido político que escenifican día a día se encuentran en la misma categoría que los desperdicios

de pirañitas y prostitutas que infestaban la primera cuadra del jirón Quilca; a su vez, “recuperar un espacio histórico” no significaría para el orden hegemónico municipal “recuperar históricamente un espacio”, esto en tanto que no se apeló al sentido simbólico que el jirón de “poetas y artistas” debería representar, sino más bien se recuperó un espacio que se encontraba perdido para el mercado.

Ahora, es pertinente aquí hacer una aclaración: muchas veces pudimos apreciar que entre el público que se congregaba alrededor de los debates en las ágoras populares siempre merodeaban elementos disociadores del orden, los cuales aprovechaban en más de una oportunidad la distracción de los viandantes que escuchaban atentos las discusiones políticas. La delincuencia en tal sentido no era una cualidad extraña de la zona; así también, la venta ilegal de droga era una característica habitual. Y en este sentido la presencia de los establecimientos actuales ha generado que tales usos delictivos de los espacios públicos hayan retrocedido dando a lugar un cierto grado de seguridad para el transeúnte. Sin embargo, lo que queremos problematizar es el proceso por el cual los oradores populares (que reivindicaban un uso político de los espacios públicos) son colocados en una misma categoría junto a los demás en cuestión; en tal sentido, esta operación discursiva invisibiliza las diferencias y crea la fantasía de un sujeto de la abyección (en singular).

Más aún, quisiéramos resaltar el éxito que han tenido estos espacios públicos y la rapidez con que el público que concurre frecuentemente al Centro de Lima se ha familiarizado con los restaurantes y bares de la zona. Esto ocurre en una ciudad donde las identidades han entrado en franca decadencia en tanto sus estructuras económicas, sociales y culturales han sufrido una honda reconfiguración, y a su vez debido a que la propia institución municipal ha dejado de lado su papel como agente formador de identidades ciudadanas que brinde las garantías básicas para su surgimiento. En su lugar no ha quedado el vacío en sí, sino el mercado, tal como señala Beatriz Sarlo:

[...] cuando ni la religión, ni las ideologías, ni la política, ni los viejos lazos de comunidad, ni las relaciones modernas con la sociedad pueden ofrecer una base de identificación ni un fundamento suficiente a los valores, allí está el mercado, un espacio universal y libre, que nos da algo para reemplazar a los dioses desaparecidos. (1994, 29-30)

El mercado surge entonces como un elemento que sirve de suplemento efímero de sentido, y en el que un tipo de consumo es lo que define a los sujetos inmersos en él. Los espacios donde se escenifica el acto de consumir un determinado objeto o producto contienen en sí mismos la carga simbólica de este; en tal sentido, el determinante esencial que preforma las distinciones entre determinados grupos sociales será el factor consumo: este indica las cualidades de quién hace uso del espacio en cuestión, al menos por el tiempo en que dura este acto.

Tal como se ha señalado al inicio de este artículo, los espacios no sólo son continentes de sujetos sino también de sentidos que nos dicen algo sobre aquellos que intervienen en él; en tal forma, así como la primera cuadra del jirón Quilca

significó un espacio de autonomía crítica y de debate sobre la res pública cuando esta fue habitada por los oradores populares hasta su expulsión en el año 2007, ahora representa el lugar del goce de una clase media-emergente que se autodefine cada vez más a través del consumo, que rige su identidad fragmentaria en tanto la naturaleza de su participación en el mercado.

Un síntoma común de Lima es sin duda alguna tal proceso de comercialización del espacio y un abandono cada vez mayor de cualquier pretensión de formar o recuperar identidades urbanas que nos definan como ciudadanos. Esto se puede evidenciar claramente en la proliferación casi compulsiva en Lima de grandes centros comerciales, los que se encuentran en relación inversa a la construcción por parte de la municipalidad de espacios propicios para afianzar nuestros vínculos sociales. Con esto no buscamos satanizar lo primero en pos de lo segundo, sino más bien evidenciar la ausencia de proyecto alguno por parte del poder hegemónico que busque la creación de sentidos a partir de los cuales definirnos como parte de una comunidad, lo que se lograría democratizando muchos de los espacios públicos así como los servicios urbanos (el de transporte, a juicio de Ortiz de Zevallos, sería uno transversal para lograr tal cometido), cuestión clave para fundar las bases de una sociedad más igualitaria.

Conclusiones

En este artículo hemos pretendido resaltar el papel crucial de los espacios públicos como lugares portadores de significancia, continentes de sentidos que se articulan con el uso que de él hacen los sujetos. Así, lo que ha estado en juego ha sido la agencia sobre esto último, y justamente es la presencia de la municipalidad como actor que ha monopolizado la gestión de tales espacios lo que ha sido problematizado en estas líneas. La expulsión de los oradores populares de la primera cuadra del jirón Quilca ha sido el hecho central del cual hemos querido partir para señalar la presencia de este imperativo que desde el orden hegemónico neoliberal ha privilegiado la capitalización cada vez mayor de los espacios públicos en desmedro del derecho ciudadano a expresar su propio sentir político reivindicando la calle como espacio de opinión autónomo y crítico.

La importancia de este suceso radica en que en él se puede visualizar la forma cómo entendemos la democracia y nuestra manera de practicarla; en tal sentido, dentro del imaginario hegemónico existe la idea de que hay lugares “legítimos” (o “naturalizados”) para poder hablar y practicar política; solamente en ellos se debe debatir sobre los problemas de interés común y bajo determinadas prácticas discursivas.

Bajo esta situación cabría plantearnos la importancia que habría tenido si todo este asunto hubiese caminado por un sendero opuesto, si la Municipalidad hubiese tomado decisiones distintas a las que tomó y si el lente por el cual se miraron las políticas acerca de los espacios públicos hubiese estado más acorde con un sentir democratizador de la sociedad en su conjunto. En tal sentido, ¿por qué no se optó por institucionalizar estos actos de participación pública?, ¿por qué no se buscó afianzar estas tribunas abiertas en el imaginario cotidiano del ciudadano de Lima?; así con esto, ¿no hubiésemos posibilitado un cambio en nuestro propio concepto de “democracia” y de la manera en cómo la practicamos?

Esto, para un país que sufrió casi una década de dictadura que desmanteló la esfera pública a través de la espectacularización y satanización de la política, hubiese sido un paso importante para potenciar una sociedad civil cada vez más consciente de la problemática nacional. Comenzar a ver los espacios públicos como lugares de encuentro y de reflexión cambiaría nuestra propia forma de entender nuestros derechos como ciudadanos.

Ahora, pareciese que la misma idea retornase una y otra vez a lo largo del presente artículo, convirtiéndose, a fuerza de su omnipresencia, en su tesis fuerte: la promesa de una nueva imagen sobre lo que somos como ciudadanía debe contemplar la presencia de todos los actores involucrados en el problema. El centro histórico de Lima funciona perfectamente como la metáfora en miniatura de tal solución: un fortalecimiento de las voces presentes en él –aquellas que surgieron del propio proceso productivo que significó el choque entre el mundo criollo y el andino a través de las migraciones del campo a la ciudad– y de su confluencia con una institución municipal capaz de garantizar el respeto por la confrontación sin reivindicar un universal ontológico que naturalice las “formas” de llevar a cabo el debate ni los usos que deben tener los espacios públicos, dotarían de aquello que ha sido elusivo a la historia de la capital desde ya mucho tiempo atrás: una imagen de lo que somos como habitantes de esta ciudad.

Bibliografía

AUGÉ, M. (1993). *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

Calderón, J. (2016). *La ciudad ilegal. Lima en el siglo XX*. Lima: Punto Cardinal.

CÁNEPA, G. (2006). “Cultura y política: una reflexión en torno al sujeto público” En: Cánepa, G. y Ulfe, M. (eds). *Mirando la esfera pública desde la cultura en el Perú*. Lima: Concytec.

CARRIÓN, F. (2001). “Las nuevas tendencias de la urbanización en América Latina”. En: Carrión, F. (ed.) *La ciudad construida. Urbanismo en América Latina*. Quito: Flacso.

DEGREGORI, C. (2011). *Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999*. Lima: IEP.

DELGADO, M. (2015). *El espacio público como ideología*. Madrid: Los libros de la catarata.

DEL RÍO, P. (marzo, 2007). "Lima está cortada en pedacitos que no son gestionables". Entrevista a Augusto Ortiz de Zevallos. Recuperado de: <http://blog-citio.blogspot.pe/2010/11/entrevista-augusto-ortiz-de-zevallos-el.html>

DÍAZ-ALBERTINI, J. (2016). *El feudo, la comarca y la feria. La privatización del espacio público en Lima*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

ESCALANTE, F. (2015). *Historia mínima del neoliberalismo*. México D.F.: El Colegio de México.

FRAZER, N. (1997). *Iustitia Interrupta: reflexiones desde la posición postsocialista*. Bogotá: Siglo del hombre editores.

GARCÍA, M. (2008). "Sentidos de goce, sentidos del agua: las piletas de Castañeda". En: Revista Quehacer. No. 170 / Abr. – Jun.

HABERMAS, J. (1981). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, S. A.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA – INEI (2008). *Perfil sociodemográfico de la Provincia de Lima*. Lima: Autor.

JAMESON, F. (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Visor.

KRISTEVA, J. (1989). *Poderes de la perversión*. México D.F.: Editorial Siglo XXI.

LUDEÑA, W. (2002). "Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal". Eure, mayo, Vol. 28, N° 83. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Arquitectura y Bellas Artes, Instituto de Estudios Urbanos.

LUDEÑA, W. (2010). Lima. "Reestructuración económica y transformaciones urbanas", en *Cuadernos de Arquitectura y Ciudad* N° 13. Lima: PUCP.

MATOS MAR, J. (1988). *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: CONCYTEC.

MUNICIPALIDAD DE LIMA (1999). "Plan Maestro del Centro de Lima", Ordenanza Municipal N° 201.

MUNICIPALIDAD DE LIMA (2003). "Declaran como zona rígida para cualquier tipo de concentración pública, a sector del Centro Histórico de Lima reconocido como Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO", Decreto de alcaldía N° 060.

MUNICIPALIDAD DE LIMA – PROLIMA (2014). "Plan maestro del Centro Histórico de Lima al 2035". Recuperado de: <http://www.munlima.gob.pe/images/descargas/programas/prolima/PLAN-MAESTRO.pdf>

ORTEGA, J. (1986). *Cultura y modernización en la Lima del 900*. Lima: Cedep.

ORTIZ DE ZEVALLOS, A. (1992). *Urbanismo para sobrevivir en Lima*. Lima: Apoyo-Fundación Ebert.

PORTOCARRERO, G. (2001). "Nuevos modelos de identidad en la sociedad peruana (hacia una cartografía de los sentidos comunes emergentes)" En: Portocarrero, G. y Komadina, J.: *Modelos de identidad y sentidos de pertenencia en Perú y Bolivia*. Lima: IEP.

RODRÍGUEZ, A. y RODRÍGUEZ, P. (eds.). (2009). *Santiago, una ciudad neoliberal*. Quito: OLACCHI.

SARLO, B. (1994). *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.

SILVA, A. (1992). *Imaginarios Urbanos. Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación en América Latina*. Santafé de Bogotá: Tercer mundo editores.

SILVA, A. (2001). "Imaginarios: estética ciudadana". En: VERGARA FIGUEROA, A. (coord). *Imaginarios: horizontes plurales*. México D. F.: Romero Hernández.

VICH, V. (2001). *El discurso de la calle*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

ŽIZEK, S. (2000). *Mirando al sesgo. Una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular*. Buenos Aires: Paidós.